

Marcela Terrazas y Basante  
Gerardo Gurza Lavalle

*Las relaciones México-Estados Unidos,  
1756-2010.*

*Volumen I. Imperios, repúblicas y pueblos  
en pugna por el territorio 1756-1867*

México

Universidad Nacional Autónoma de México,  
Instituto de Investigaciones Históricas, Centro de  
Investigaciones sobre América del Norte/Secretaría  
de Relaciones Exteriores

2012

523 p.

Ilustraciones, mapas

(Historia Moderna y Contemporánea, 58)

ISBN 978-607-02-3456-1 (obra completa)

ISBN 978-607-02-3468-2 (volumen 1)

Formato: PDF

Publicado en línea: 2 de agosto de 2016

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/mexusa/v1imperios.html>

DR © 2016, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS

## EPÍLOGO Y NOTAS CONCLUSIVAS

Desde el siglo XVIII las sociedades hispánicas de Norteamérica empiezan un proceso muy largo de lenta pero continua contracción, mientras que sus contrapartes angloamericanas —si bien la población de las colonias es étnica y lingüísticamente mucho más diversa— se expanden. Esta tendencia se expresa en muchos ámbitos: la guerra, la diplomacia y el poder en la arena internacional —creciente en el caso inglés y en declive para España— desempeñan un papel importante en el proceso, pero quizá el resorte fundamental se encuentra en el potencial económico y demográfico de cada una de las sociedades involucradas.

El potencial de los Estados Unidos para lograr esa expansión obedece a factores diversos, muchos de ellos presentes desde el periodo colonial. El crecimiento demográfico es una combinación de un alto índice de reproducción natural y de la llegada constante de olas migratorias desde Europa. Más allá del hecho fundamental de que no hay ninguna restricción legal o religiosa a la inmigración —en marcado contraste con lo que sucede en las colonias españolas—, los inmigrantes son atraídos por la oferta de tierra abundante y barata, y por el sueño de hacerse algún día de una pequeña propiedad. De este modo, la inmigración está íntimamente relacionada con el empuje hacia el oeste; en una sociedad en la que la propiedad de la tierra es un anhelo generalizado, el crecimiento de la población produce una frontera agrícola en continuo avance. A lo anterior se añaden varios elementos ideológicos, también existentes desde el periodo de dominio inglés, que cobran mayor importancia a partir del nacimiento de la república: el deseo de independencia individual y la concepción del pequeño granjero como el sostén del gobierno republicano, por una parte, y las ideas de la misión providencial de los Estados Unidos para regenerar al mundo y extender las instituciones libres, por la otra. Los elementos ideológicos son muy importantes pero, como se explica en el capítulo II de la primera parte, sólo dan forma a una predisposición al expansionismo,

pues por sí solos habrían sido insuficientes para consumir el avance constante hacia el oeste. Desde el punto de vista económico es innegable que las colonias inglesas tienen una notable vocación comercial, misma que conservarán después de su independencia. La inclinación al comercio es facilitada por un sistema imperial mucho menos restrictivo que la contraparte española, el cual les permite participar libremente en el comercio intercolonial. Pero este rasgo es también producto de la geografía en medida considerable: excelentes puertos en la fachada atlántica, muchos ríos navegables y la permanencia de la mayor parte de la población y de las actividades económicas cerca del litoral atlántico y de las vías fluviales más adecuadas para el transporte de mercancías.

Existen también otros factores. El primer gran momento de expansión territorial estadounidense —de los años de 1780 a 1803— es resultado de una serie de coyunturas muy específicas en el contexto internacional. La larga contienda entre Francia e Inglaterra, misma en la que España alterna como aliada de Inglaterra primero (1793-1795), de Francia después (1795-1801, 1803-1808), y más tarde de Inglaterra nuevamente (1808-1814), produce un escenario internacional complicado y con muchos riesgos, pero también con oportunidades: como se vio, las cesiones territoriales incluidas en el Tratado de San Lorenzo y la compra de la Luisiana son consecuencia directa de este contexto, como lo fue también el impresionante auge comercial experimentado en los principales puertos de la costa atlántica, pues los buques mercantes estadounidenses se convierten en el enlace principal de Francia y España con sus colonias. Asimismo, la guerra acrecienta notablemente la demanda de cereales estadounidenses en Europa. En suma, se trata de coyunturas favorables que los Estados Unidos pudieron aprovechar.

Pese a que, como lo ha dejado muy claro el texto, Estados Unidos no nace como una potencia ni mucho menos, sí fue capaz de aprovechar esas oportunidades debido a la estabilidad política —al menos en términos relativos—, y a que continuó su crecimiento demográfico y económico.

Una vez que México se convierte en una nación independiente, existe una continuidad considerable entre los puntos de conflicto diplomático que se dan en la relación de España con Estados Unidos y los que enfrentarán a estos últimos con su nuevo vecino del sur. En este sentido puede decirse que las pugnas imperiales del siglo XVIII de cierta manera son heredadas por los estados-nación del siglo XIX. La agenda bilateral, al momento del inicio de las relaciones propiamente dichas, está ya más o menos trazada por negociaciones previas entre Estados Unidos y España. El tema fundamental es el terri-

torio, y será la fuente de los conflictos más intensos entre ambos gobiernos durante toda la primera etapa de sus relaciones.

Los años que van de 1822 a 1867 son decisivos para la conformación del Estado y la identidad nacional tanto de México como de Estados Unidos. La cuestión central entre ambos países en esos 45 años es la territorialidad, considerada por algunos historiadores como la llave del desarrollo de la era moderna.<sup>1</sup> Así se explica que la relación gravite en torno a la frontera y que el comercio, la cultura y otros aspectos tengan un peso secundario o francamente menor.

El estudio de la frontera es relevante, pues nos permite penetrar en el curso de la territorialización del espacio, es decir, del proceso de creciente presencia y control gubernamental sobre la región fronteriza, donde las mojoneeras se erigen y los agentes estatales regulan el movimiento de personas y mercancías. El avance de la territorialización corre simultáneo al surgimiento del Estado nacional.<sup>2</sup>

La marcha de la territorialización en Estados Unidos y México guarda semejanzas y disimilitudes. Ninguno de los dos la concluye en estos años, ni tiene la capacidad para controlar el espacio fronterizo; hay que esperar hasta el siglo XX para que esto ocurra. Pero los norteamericanos avanzan con mayor celeridad que el país del sur y el desfase lleva a los primeros a cuestionar el derecho del gobierno mexicano a reclamar la tierra que no ocupa, explota, ni controla como suya o, al menos, a ver de forma natural la posibilidad de su traspaso.

Las fronteras, en consecuencia, no son “fronteras nacionales” en tanto que no se levantan donde la territorialización cobra realidad. Son franjas porosas, en movimiento, mejor conocidas por los indios que por los estadounidenses o los mexicanos y trazadas en el papel, no en el territorio.

En el periodo 1822-1867 se transita de la contigüidad territorial a la vecindad entre los habitantes de las regiones colindantes con mayor número de pobladores no indígenas. Pero el área fronteriza no es homogénea y hay amplios espacios casi yermos. En consecuencia, dos de las líneas centrales

1 Charles Maier, “Consigning the Twentieth Century to History: Alternative Narratives for the Modern Era”, *American Historical Review*, v. 105, junio, 2000, p. 807-831, citado en Samuel Truett y Elliott Young, “Introducción”, en *Continental Crossroads. Remapping U. S.-Mexico Borderlands History*, Durham, Duke University Press, 2004, p. 2.

2 *Idem*.

del periodo son la ocupación de los territorios —ya sea la incapacidad de colonizar el terreno o el desbordamiento de la población— y la demografía —escaso crecimiento o explosión demográfica—. Es también importante considerar que el impulso de estos procesos es, en algunas ocasiones, resultado de la iniciativa de la sociedad; en otras, de la decisión gubernamental; en otras más, de ambas.

Cada uno de los dos países concibe el territorio de forma distinta desde la etapa colonial: México lo considera elemento fundamental de la soberanía, la cual ha pasado del monarca a la nación; lo ve como un espacio no sujeto a la enajenación, cuyo dominio no exige la explotación. En contraste, la Unión Americana, más en consonancia con la modernidad, la reconoce como un bien a partir del cual se produce riqueza, debe ser ocupado y aprovechado y representa una mercancía.

La comprensión de la experiencia norteamericana exige considerar el crecimiento demográfico extraordinario del suroeste estadounidense, la necesidad de más terrenos para cultivar el algodón y de contar con puertos para el comercio en el Pacífico, los jugosos negocios especulativos con la tierra, la idea de poseer una misión divina; el afán de expandir el área de la libertad, de extender el gobierno representativo, el sistema republicano y el sentirse parte de la pujante y “joven América”.

Pero el territorio no es un elemento aislado; se relaciona con la densidad poblacional y con la capacidad de colonizarlo. La “explosión demográfica” norteamericana, así como su avance desbordante sobre nuevas áreas, contrasta con la escasa población de México y su desinterés o imposibilidad para poblar extensas regiones, entre ellas el septentrión, tal como sucede en la etapa previa a la independencia de México. Los sucesivos proyectos para atraer inmigrantes que lo habiten corresponden a fracasos repetidos y coinciden con el crecimiento poblacional estadounidense y sus miras anexionistas. Finalmente, las distintas concepciones de territorio y el diverso potencial demográfico y capacidad de colonización de cada uno de los pueblos vecinos son factores que terminan por enfrentarlos.

La interacción entre mexicanos y norteamericanos en el septentrión a lo largo del periodo 1822-1867 gira, principal pero no únicamente, en torno a la ocupación de territorios; el abigeo, el contrabando y los negocios especulativos con tierras constituyen resortes de la interacción entre las dos sociedades a lo largo del periodo. Incluso el comercio de México con el país del norte, sin ser el más importante para aquel país, tiene relevancia. La Unión Americana

reexporta mercancías provenientes de Europa y, de manera paulatina pero creciente, vende sus productos en el mercado mexicano.

Por otra parte, los indios juegan un papel importante en la ocupación de territorios en el septentrión mexicano. Las alianzas con estos pueblos modifican la balanza de poder. Son también un factor determinante en el retraimiento de la frontera mexicana pues, al ser empujados hacia el suroeste de la Unión Americana, incursionan en territorio de México y arrecian las hostilidades contra su gente.

Si bien los mexicanos siempre pensaron en la colonización de sus comarcas deshabitadas mediante la migración de europeos o estadounidenses, el contraste entre la sociedad norteamericana y la mexicana en relación con la práctica migratoria es notorio: en tanto los estadounidenses avanzan sin freno, con o sin el apoyo de Washington, los mexicanos permanecen en sus lugares de origen a pesar de los proyectos gubernamentales y la legislación para colonizar otras tierras. En parte, por la falta de presión demográfica; en parte también, porque el septentrión no constituye una opción más atractiva que la zona donde están ubicados; por el contrario, la lejanía de su propio terruño y la amenaza india los disuaden de migrar.

En el periodo que corre entre la independencia de Texas y su incorporación a la federación americana, la agenda de las relaciones mexicano-norteamericanas está dominada por la cuestión texana, aunque el tema de California ya se perfila. El decenio 1836-1845 pone de manifiesto el peso de los actores externos —Gran Bretaña, Francia y, en menor medida, España— en el vínculo entre Estados Unidos, Texas y México. Cabe destacar que el texano es un verdadero conflicto internacional. La comprensión de la relación bilateral en este periodo exige, pues, considerar a aquellos actores internacionales. Baste señalar como muestra que el año de la anexión texana a la federación americana tiene lugar un proyecto monarquista auspiciado por España y que la guerra entre México y Estados Unidos guarda estrecha relación con el desenlace del diferendo angloamericano por el Óregon. Por su parte, el peso de las condiciones internas se observa en la creciente oposición del norte a la adquisición de territorios que —según recelan— fortalezcan al sur en lo que a Estados Unidos se refiere y, en cuanto a México, en la oposición de los radicales a la disposición del gobierno moderado de negociar para evitar la confrontación con los norteamericanos. Por otra parte, la percepción estadounidense de la amenaza británica y el uso retórico que le dan los expansionistas pesa en el diseño de su política hacia México. Todo esto ocurre en medio del caldo

de cultivo del fervor nacionalista. Así se entiende el enorme peso, en estos años, de la doctrina Monroe reeditada por Polk en 1845.

### *La Guerra del Cuarenta y Siete y después*

El conflicto bélico que enfrenta a México con Estados Unidos es, en parte, resultado del proceso de conformación de la identidad y del Estado, al tiempo que empuja su curso. Deja huella en su geografía, pone a prueba su conciencia nacional; confronta las percepciones mutuas y marca su futuro. Cambia a los dos países de manera profunda. Después de la guerra, ninguno de los dos es el mismo. La guerra representa el parteaguas de la relación en el siglo XIX; los marcan, aceleran y profundizan procesos presentes. En la Unión Americana, la oposición norte-sur; en México, la radicalización de liberales —puros y moderados— y conservadores. Al exacerbar las contradicciones internas, la conflagración empuja a ambos en la definición de los estados nacionales.

La guerra conjuga territorialidad y poblamiento, en tanto que ventila la existencia de una vasta extensión que unos ansían colonizar y otros se muestran refractarios, desinteresados o incapaces de habitar. Ninguno de los dos actores considera con seriedad el respeto a los derechos que tienen los pueblos indios sobre esas tierras. El Cuarenta y Siete entraña la contraposición de dos sociedades con visiones distintas del valor de la tierra; con una disparidad demográfica que se proyecta en un potencial desigual de colonización, cuyas elites trabajan por construir las instituciones y la identidad nacional en medio de un clima de patriotismo exacerbado.

Como es natural, la victoria en la guerra excita el nacionalismo, la determinación de continuar el avance y la idea de predestinación entre los norteamericanos, pero también agudiza la disputa regional, así como la lucha política entre los estados y el gobierno federal y entre el Congreso y el Ejecutivo. Esta pugna también se observa en México, donde la fragilidad del poder central, evidente en la contienda, da lugar al fortalecimiento de las autoridades regionales o locales. En el país vencido, ocurre también una crisis de conciencia que lleva a muchos a preguntarse por el rumbo de la nación y —según algunos autores— anima el nacionalismo, aunque sólo a mediano plazo.

Las entidades mexicanas viven y reaccionan ante la guerra en forma distinta. La rivalidad entre gobernadores, legislaturas, gobierno central y mandos militares, presente de tiempo atrás, se manifiesta más abiertamente durante la coyuntura bélica. La oposición más implacable tiene lugar entre liberales

moderados y radicales. Éstos están más interesados en garantizar la permanencia de ese sistema de gobierno que en emprender la defensa; su concepto de soberanía constituye un serio escollo para articular la defensa ante los estadounidenses y, en un momento, aun para la subsistencia de la federación.

Algunos grupos, por otra parte, aprovechan el enfrentamiento armado para perseguir sus intereses, como en el caso de aquellos que proveen de víveres y demás bastimentos al ejército extranjero. Hay un aspecto pocas veces señalado con toda la crudeza que requiere: a la mayoría de los mexicanos no le interesa participar en la guerra. Esto cobra sentido si consideramos que la conflagración —siguiendo a Alan Knight— no hace sino mostrar que “las identidades étnicas, tribales, primigenias, afloraron por encima de la identidad nacional”.<sup>3</sup>

Los problemas para financiar la guerra tanto en México como en Estados Unidos traducen las disputas entre las facciones políticas; entre los poderes Ejecutivo y Legislativo y entre los distintos niveles de gobierno —federal y estatal—. El caso mexicano resulta dramático cuando se suma la oposición de muchas entidades a colaborar con los hombres, las armas y las municiones requeridas. Se aúna a ello la bancarrota de la hacienda pública y todo se traduce en el tamaño de la derrota.

Pero la guerra es también ocasión de convivencia entre mexicanos y estadounidenses en las ciudades ocupadas; es para la mayoría el primer encuentro con el pueblo vecino. Mitos, temores y fantasías sobre el otro crecen o se desvanecen; también surgen otros nuevos. En los intersticios de esa convivencia aflora la violencia, pero también la interacción pacífica y el intercambio.

En México, hasta el momento de la guerra con el país del norte, la nación —al menos tal como la concibe la elite—, el sentimiento de identidad nacional, y el Estado, son aún precarios y están en una etapa incipiente de formación. El enfrentamiento bélico exhibe la fragilidad del federalismo mexicano. La mayoría de las entidades se muestra más celosa de su soberanía que del compromiso con el conjunto del país. La falta de cooperación, la desorganización, la incompetencia de los militares al mando son en gran parte responsables no sólo de la derrota sino de su magnitud y su forma. La inmadurez del federalismo mexicano no es original; la misma escena tiene lugar en la

3 Alan Knight, “Peasants into Patriots: Thoughts on the Making of the Mexican Nation”, *Mexican Studies/Estudios Mexicanos*, v. 10, n. 1, enero, 1994.



Unión Americana en 1812, cuando ésta se enfrenta a su ex metrópoli. Pero en el Cuarenta y Siete los norteamericanos —aun cuando encaran factores que los dividen— remontan las desavenencias y presentan un frente común. La fuerza del expansionismo —que ofrece tierras a los desheredados, mayores riquezas a los pudientes, negocios a los especuladores, nuevas propiedades a los plantadores del sur, puertos en el Pacífico a los comerciantes exportadores del norte— explica el resultado final. Pero el formidable crecimiento territorial norteamericano que ocurre como resultado de la guerra no llega solo; viene acompañado del viejo problema de la expansión de la esclavitud. El asunto —síntesis de la disputa por el poder entre las regiones, de tensiones económicas regionales y morales que dividen a la nación— caldea los ánimos hasta agotar la conocida fórmula de avenencia más o menos duradera: el compromiso.

En México, la derrota se ve como prueba de la inexistencia de la nación o de un Estado garante de la soberanía y la integridad del territorio. Entre acusaciones mutuas sobre la responsabilidad del desastre, liberales y conservadores proponen sus fórmulas para salvar al país: el establecimiento pleno del liberalismo, inspirado y protegido por la república del norte o la instauración de la monarquía, respaldada por Europa.

El Cuarenta y Siete mexicano y las dos décadas que le siguen son de revoluciones, reformas, guerras civiles, un conflicto internacional y una intervención que tiene como remate la instauración de un emperador europeo. Esto sucede en una nación atribulada por la miseria y el desorden de la hacienda pública, por los filibusteros, los proyectos de secesión en el norte, los planes norteamericanos de expansión, las incursiones de nómadas, los levantamientos indígenas y la guerra de castas en Yucatán. Además, el fortalecimiento de los poderes regionales y locales desafía a la autoridad central y debilita las ligas entre la federación. Todo evidencia la fragilidad del gobierno nacional tras la guerra. También en el norte, donde ésta se vivió con intensidad, el poder local se acrecienta. En esas circunstancias, la vecindad con la Unión Americana representa para las entidades del septentrión una navaja de doble filo: de ahí llegan las expediciones filibusteras y las incursiones de indios belicosos que laceran a la región y preocupan al centro; pero es ahí también donde se tejen las alianzas con estadounidenses que fortalecen a ciertos grupos de fronterizos mexicanos que amenazan con la secesión. Su proximidad con los Estados Unidos es así una palanca de presión ante el gobierno central y ayuda a explicar en parte la virulencia del federalismo posbélico en la región.

El efecto más contundente de la guerra es el trazo de un nuevo lindero. Pero éste no sólo modifica el curso de la antigua línea, también altera la dinámica de las fronteras. La norteamericana avanza vertiginosa, atizada por la fiebre del oro hacia California, así como por la “normalización” de la condición de Texas que —ya como estado de la federación americana— acerca a un mayor número de pobladores de ambos países; la india, empujada por el avance estadounidense, se desplaza hacia el sur, afectando el septentrión de México, y la mexicana se contrae como resultado de la baja densidad demográfica, agravada por la contienda, las incursiones de los nómadas y los fracasos de los proyectos gubernamentales de colonización. Las condiciones favorecen el filibusterismo, los proyectos de secesión y los planes de anexión. A pesar de todo, el nuevo linde acerca a los vecinos de ambos países, entre quienes surgen dinámicas de intercambio e interacción más intensas, así como los problemas concomitantes.

A lo largo de este estudio puede advertirse que la modificación de la frontera que aparece como resultado de la guerra se gesta mucho tiempo atrás. Examinar el desarrollo del septentrión mexicano —con énfasis en la interacción con los pueblos indios, la colonización, la defensa, las instituciones de gobierno y las supervivencias y cambios que vienen con la independencia— permite entender las experiencias de Texas, Nuevo México y Alta California. Muestra su pérdida como parte de procesos que, con celeridades diferentes y particularidades, se inscriben en un marco común y no son sólo producto de la conflagración.

Además de los nuevos territorios, la guerra trae a la Unión Americana la inquietud por ampliar la plataforma costera sobre el Pacífico, por tener un paso transístmico en Tehuantepec o Centroamérica y/o un ferrocarril transcontinental que conecte sus costas y revive los proyectos en Cuba. Quedan vivas las inquietudes de hacerse del norte de México. Todos estos proyectos son vistos a través del prisma del conflicto regional y prácticamente todos se frustran. De todos los proyectos de crecimiento territorial a costa de México, sólo se consigue la estrecha franja de La Mesilla. El Senado acepta una extensión menor a la negociada. Por primera vez en su historia, el Congreso norteamericano se opone a la incorporación de una región más amplia.

El arribo de Santa Anna, a quien mandan traer conservadores y liberales con la esperanza de que ponga fin a los males de México, nada resuelve. El problema principal es la miseria de las arcas públicas y su desorden. La frontera sigue siendo, después del nuevo trazo convenido en el Tratado de Guadalupe,

un límite impreciso y permeable, como lo era antes de la contienda. Su porosidad da lugar a las incursiones de apaches y comanches sobre México, al incremento del contrabando y el abigeo y a las correrías de maleantes en ambos lados de la línea. Los esfuerzos de los dos gobiernos por controlar la extensa franja fronteriza mediante fuertes y colonias militares son prácticamente inútiles. La territorialización no cuaja todavía.

La amenaza de una nueva guerra persiste en el decenio posbélico. Luego, cada uno de los dos países se enfrasca en sus propios conflictos. La disputa por las tierras no cambia de forma radical en los veinte años que siguen a la contienda, mas sí los resultados. Y es que el enorme crecimiento territorial resultante de la guerra con México exagera con una intensidad sin precedentes la disputa ideológica y política entre el norte y el sur. El esfuerzo de muchos congresistas de los estados libres por prohibir la esclavitud en los nuevos territorios provoca indignación en amplios sectores de la sociedad sureña, y mueve a los políticos de la región a buscar votos y popularidad mediante demandas de trato igualitario para el sur y sus instituciones, y mayor protección para la esclavitud a nivel nacional. Estas demandas tienen como resultado regulaciones más estrictas para la recuperación de esclavos fugitivos, la anulación del Arreglo de Misuri de 1820, y la adopción de la doctrina de la soberanía popular en los territorios, con resultados desastrosos en Kansas. En una dinámica de creciente hostilidad recíproca, estos “logros” del sur provocan rechazo y alarma en los estados libres, pues son percibidos como una confirmación de que existe un “poder esclavista” que controla el gobierno federal, y el cual está dispuesto a hacer lo que sea necesario para mantener la esclavitud y expandirla. Estas circunstancias socavan las alianzas interregionales de los partidos Whig y Demócrata, y resultan altamente propicias para el surgimiento de un partido netamente regional y aglutinado en torno a metas antiesclavistas: el Partido Republicano. Así pues, como se ha señalado con frecuencia, el éxito de las armas norteamericanas en la guerra con México es el disparador del tren de eventos que culminará en la Guerra Civil.

La escalada de demandas de protección a la esclavitud se traduce en nuevas tentativas expansionistas dirigidas al vecino del sur durante las administraciones de Franklin Pierce (1853-1857) y James Buchanan (1857-1861). Aunque tanto Pierce como Buchanan son nortños, como líderes del Partido Demócrata ambos resultan muy favorables a los intereses del sur, y apoyan iniciativas de anexión como parte de una política de apaciguamiento. Los sureños expansionistas ven en la adquisición de nuevos territorios la oportuni-

dad de restablecer el equilibrio regional en el Senado, en donde la admisión de California como estado libre había roto la paridad entre el norte y el sur a partir de 1850. A fin de cuentas, el creciente antagonismo entre las regiones hace imposible la expansión. De ahí que La Mesilla sea la única ganancia territorial de los Estados Unidos durante los años cincuenta. En retrospectiva, resulta claro que la insistencia sureña en proseguir la expansión de la esclavitud hacia los territorios marca el fin de la expansión y también de la esclavitud.

En ambos países, 1861 es un año crucial: en México da inicio la intervención tripartita, misma que al cabo de algunos meses se revelará ya claramente como una iniciativa de Napoleón III para apoyar al bando conservador en la contienda doméstica y establecer un régimen monárquico. En los Estados Unidos, mientras tanto, se inicia la Guerra Civil, el choque armado entre el norte y el sur que resolverá finalmente el conflicto entre estados libres y esclavistas. Ambos conflictos se encuentran entrelazados desde el inicio, pues es difícil concebir que la intervención francesa en México se hubiese dado sin la Guerra Civil. Asimismo, los Estados Confederados tratan de intercambiar una disposición favorable al proyecto monárquico en su vecino del sur por el reconocimiento de su independencia por parte del gobierno francés.

El fin de las guerras en Estados Unidos y en México, en 1865 y 1867 respectivamente, inaugura un panorama distinto para las relaciones que ambos países sostendrán en el futuro. El tema del territorio y de posibles cambios en la línea fronteriza pierde el papel central que ha ocupado en el trato binacional desde 1822. Del mismo modo, por obvias razones, los efectos de la pugna entre el norte y el sur no se notarán ya en el trato diplomático. Del lado mexicano, los conservadores desaparecen de la escena política, y la agenda exterior de la República Restaurada reflejará la visión y los anhelos de los liberales, quienes tratarán de explotar las ventajas económicas de la vecindad.

La guerra exhibe la condición de ambos países, sus problemas y potencialidades para constituir verdaderas naciones. Aunque en grados distintos, México y Estados Unidos ponen a prueba el modelo de federación y la capacidad de mantener la unidad con desiguales resultados inmediatos y con graves efectos a corto plazo.